



La destrucción del Estado burgués

No vale calcar

Jhozman Camacho, s.j.*

En este artículo se desglosan algunos elementos conceptuales para analizar el marxismo-leninismo como teoría hegemónica del socialismo

El modelo de socialismo que predomina en el siglo XX está basado en la teoría marxista. A su vez, el marxismo que triunfa, y que tiene más influencia, es la interpretación realizada por Lenin, la cual permitió la revolución rusa de 1917. Otras versiones del socialismo quedan descartadas en este estudio por no ser tan representativas e influyentes. En este sentido, nuestra indagación se moverá en torno al planteamiento marxista-leninista a fin de realizar ejercicio analítico y crítico de una de sus premisas fundamentales: la destrucción del Estado burgués como condición para la instauración del socialismo superior o comunismo.

LA TESIS MARXISTA

Los marxistas sostienen que el Estado no es más que el aparato armado y administrativo de los intereses de las clases sociales dominantes. En consecuencia, buscan la conquista del poder político a través de la destrucción del Estado burgués y la construcción de un Estado obrero como paso necesario de transición del socialismo hacia el comunismo. Es decir, el tránsito hacia una sociedad en que no sea necesaria la existencia del Estado porque se habrán superado las contradicciones y luchas entre las clases sociales.

Marx sostiene que la clase obrera no puede hacerse de la maquinaria estatal burguesa y utilizarla sin más para sus fines. Por el contrario, el proletariado debe destruir el Estado creado por los burgueses y levantar sobre sus ruinas un aparato revolucionario completamente diferente. Una suerte de semi-Estado que no funcione como máquina de dominación al servicio de una minoría explotadora sino un instrumento bajo el dominio de la mayoría oprimida que tiene como propósito erradicar las clases sociales y eliminar cualquier forma de explotación y alienación. En este sentido, Lenin –siguiendo a Marx y Engels– plantea que la construcción de un Estado revolucionario debe pasar por la destrucción del viejo aparato burocrático, demoliendo-

Elementos rescatables

Veamos el tema de la democracia participativa en relación con la desaparición del Estado burgués: Uno de los principales objetivos *deseables* de una política de transformación alternativa al capitalismo —como es el caso de las propuestas de izquierda, incluido el marxismo-leninismo— debería ser el combate por una democracia política plena, la lucha por ampliar las fronteras de la libertad política, de la representación y de la participación que otorgan la democracia liberal. En efecto, una de las maneras a través de las cuales el Estado deviene semi-Estado, para seguir usando la metáfora de Lenin, es mediante la socialización del poder político. Ésta debería realizarse a través de un doble movimiento de fragmentación y esparcimiento de ese poder, orientándose ambos movimientos a limitar la distancia entre gobernantes y gobernados. Esto significa pasar de una democracia representativa a una democracia participativa.

Por eso el socialismo debería ser pensado, en primer lugar, como socialización del poder político, lo que significa que deberá ser creación de una democracia participativa que sustituya a la democracia puramente representativa. En segundo lugar debe ser pensado como la instauración de una economía regida por la lógica de las necesidades y de producción de sujetos económicos. En tercer lugar debe ser pensado como la creación de una cultura asociativa, en la que se realice, en la mayor medida posible, el ideal de las relaciones fraternas.

Si la lectura marxista-leninista posee una vocación anti-estatista expresada en estos términos quizá podamos seguir prestándole atención y tenerla como piedra de toque para la crítica a los límites que el orden socioeconómico capitalista ha planteado hasta ahora a la democracia. Todo ello desde dos estrategias básicas: 1) negando la naturalización del poder y el orden establecido; 2) perfeccionando los valores de la libertad, la igualdad y fraternidad que nunca estarán plenamente realizados y siempre demandarán algo más que el mero calco de proyectos, doctrinas e ideologías del pasado.

lo hasta los cimientos con la implementación de ciertas medidas tales como: a) la revocabilidad como complemento de la elegibilidad de los funcionarios públicos; b) una remuneración según la cual el salario del funcionario público no será superior al de un obrero; c) la inmediata implantación de un sistema en el que todos desempeñen funciones de control e inspección, de manera que todos sean *funcionarios* durante algún tiempo, para que de ese modo, nadie pueda convertirse en burócrata profesional; d) el monopolio de la violencia en manos del pueblo organizado en milicias obreras y populares, distinto de un ejército regular que sea extraño al pueblo.

DOS FASES DE UN MISMO PROCESO

Se ha hablado de dos momentos o fases del comunismo: Lenin las detalla como “primera fase de la sociedad comunista” (lo que se llama comúnmente socialismo), y la “fase superior de la sociedad comunista” (lo que se llama comunismo a secas). Veamos con mayor detalle estas dos fases o momentos:

1. **La fase inferior o socialista del comunismo:** el Estado (no el pueblo, sino el Partido) es dueño de los medios de producción, cada proletario realiza su cantidad proporcional del trabajo social, y recibe en productos el mismo valor que entrega. Esta fase es necesaria porque la sociedad comunista no nace por generación espontánea sino que nace del capitalismo. Precisamente, al existir el Estado, permanecen las contradicciones de clase en la sociedad.
2. **La fase superior, o el comunismo:** ya no hay clases sociales, se ha eliminado la división social del trabajo, los medios de producción y sus frutos son de todo el pueblo. Ya no existe ninguna clase a la que reprimir por lo que el Estado se vuelve inútil y se extingue por completo. No obstante esta extinción es gradual.

En síntesis: mientras el Estado burgués es destruido mediante la revolución proletaria y la instauración del socialismo, el Estado socialista se extingue, de manera progresiva, a la par que desaparece todo vestigio de propiedad privada y de diferencias sociales entre los miembros de la sociedad.

Palabras más, palabras menos, este es el planteamiento marxista-leninista con respecto a la destrucción del Estado burgués. Ahora bien, confrontemos la teoría con la praxis histórica y saquemos conclusiones.

EL HISTORICISMO COMO PRÁCTICA

Ninguna de las revoluciones socialistas existentes ha cumplido los principios de posibilidad anunciados en la teoría estructural historicista. Se puede afirmar que en el momento de la de-

ción, se abandona la tesis de la necesidad de una maduración estructural, ya que las oportunidades políticas para hacer la revolución aparecieron en países donde el capitalismo era definitivamente incipiente. La teoría fue sustituida por una práctica política regida por otros principios reales. Esto significa que la teoría de las condiciones estructurales de la revolución ha sido reemplazada por un historicismo coyuntural. En la práctica sucedió que el socialismo y la supuesta transición al comunismo se pudo instalar, por circunstancias contingentes debidas a un aprovechamiento de la correlación de fuerzas favorables, y no a la supuesta maduración histórica de las condiciones propugnada por los marxistas.

LA CONSTRUCCIÓN DEL NUEVO LEVIATÁN

De esa inmadurez de las condiciones se deriva una degeneración de la revolución. Esta degeneración consiste en que el proceso no cumplió sus propias finalidades y promesas. En vez de la soñada desestatización, el resultado es la aparición de un nuevo Leviatán. La estrategia revolucionaria predominante en el siglo XX fue la víctima de una destructiva dualidad entre discurso doctrinario libertario y práctica política efectiva que reforzó el poder estatal. El norte declarado era que la revolución se tomaba el Estado anterior para destruirlo y construir otro, cuyo régimen político era una democracia de base que se escalonaba desde abajo hacia arriba. Pero el poder, en vez de descentralizarse, se concentró en el Estado que absorbía y cubría todas las esferas de la actividad humana. Precisamente, el poder político se concentró en vez de socializarse y se restringió el espacio público. Al realizarse estas dos operaciones típicas de un orden dictatorial, el Estado se impuso sobre la sociedad, concentrándose el poder en manos de la burocracia conjunta del partido y del gobierno. Se anulaban las potencialidades democratizadoras de las transformaciones económicas, entre ellas la de nacionalización de los medios de producción. En efecto, la expropiación de los medios de propiedad requería, para ser social, que el poder fuese democrático. Al no serlo deviene estatización, base material del socialismo de Estado.

El desarrollo histórico de las revoluciones socialistas fue una demostración de aquella afirmación teórica sobre la poderosa tendencia interna de los Estados a autonomizarse de la sociedad, e imponer las lógicas y los intereses de los depositarios del poder estatal como lógicas universales. Al organizarse el nuevo Estado, que se suponía debía auto-disolverse, el poder estatal realizó su expansión y sus aparatos pasaron a controlar absolutamente a la sociedad, porque ni siquiera existía el contrapeso de poder pro-



veniente de la propiedad privada de los medios de producción. La experiencia histórica no sólo ha mostrado que en el socialismo nunca hubo real socialización de los medios de producción, sino también que las revoluciones socialistas nunca pudieron superar su marca de origen y siempre debieron afirmarse sobre la coerción.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.